



(Foto de la División de impresión y fotografía de la biblioteca del Congreso/World Telegrama por Dick DeMarsico)

Una multitud entusiasta en Time Square de la ciudad de Nueva York celebra el anuncio de la rendición japonesa conocida como V-J (Victoria sobre Japón) el 14 de agosto de 1945.

¿Qué tal si ganamos las guerras de nuestra Nación en lugar de solo participar en ellas?

Teniente general (retirado) Michael T. Flynn, Ejército de EUA

Han pasado más de 18 meses desde que el EI (Estado islámico) (conocido como ISIS, por sus siglas en inglés) capturó la ciudad de Mosul en el norte de Irak en junio de 2014 y ahora se ha extendido mucho más allá de sus bases iniciales en Irak y Siria. Actualmente, el EI afirma que numerosas provincias de otros Estados han declarado lealtad a su autoridad, incluyendo Argelia, Libia, Egipto, Nigeria, Arabia Saudita, Afganistán, Pakistán y Dagestán. Es obvio, en los documentos descubiertos en muchos de estos lugares, la seria intención del EI en cuanto a establecer estas provincias en un nuevo Estado-nación islámico radical con aspiraciones globales de conquista, donde se destaca en detalle, los principios requeridos para administrar tal Estado. Además, en los mismos se puede encontrar todo desde la administración de los servicios públicos y distribución de riquezas hasta la organización del adiestramiento dentro de sus diferentes campos y aldeas.

Inquietantemente, esos documentos también señalan la necesidad continua de reclutar a combatientes extranjeros en un esfuerzo para agregar a sus cerca de 30 000 seguidores que ahora participan en su campaña expansionista de la guerra santa (yihad). Los que ahora pelean bajo el estandarte del EI provienen de casi 80 países—ya una impresionante coalición. Sin embargo, en un esfuerzo para diversificar y extender esta fuerza, el EI ha lanzado otras iniciativas de reclutamiento en Indonesia, Filipinas, los Estados de la Unión Europea y el Cáucaso Sur. Los esfuerzos de reclutamiento del EI, incluso, han comenzado a hurgar lentamente en la fuerte mentalidad centrada en la seguridad del Estado de India.

Concurrentemente, el EI ha desarrollado relaciones con yihadistas que tienen ideas afines por todo el mundo, dirigiendo ataques indiscriminados, bestiales y bárbaros en Arabia Saudita, Francia, Estados Unidos, Rusia, Libia, Líbano, Egipto, Tunicia, Yemen, Afganistán, Turquía, Kuwait y Bangladesh. Los líderes del EI también creen que Internet es una *provincia virtual* y que ellos la controlan.

Con dicha situación en mente, enfáticamente considero (como muchos otros) que esta amenaza se ha metastatizado mucho más allá que un problema localizado de unos cuantos miles en solo pocos países en el Medio Oriente. En cambio, se ha convertido en un cáncer global que afecta e influye en el destino y bienestar de cientos de millones de personas en el mundo entero.

Por ejemplo, sucesos tales como la migración forzada permanente de millones de refugiados del Medio Oriente al corazón de Europa debido al conflicto con el EI debe demostrar, como es evidente, sin la menor de las dudas, que las acciones del EI presentan una clara amenaza de mediano y largo plazo contra la existencia cultural y política del Occidente.

Un estado acostumbrado al tedio en el Gobierno

Recientemente, atestigüé ante el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado en apoyo a las iniciativas del senador John McCain para revisar la ley Goldwater-Nichols, 30 años después de ser decretada por el Congreso¹. Históricamente hablando, la ley Goldwater-Nichols ayudó a superar el profundo y arraigado aislamiento de las Fuerzas Armadas al obligar al Departamento de Defensa y a los servicios militares a trabajar conjuntamente bajo amenaza de sanción y pena de ley. Sin embargo, mucho ha cambiado desde la aprobación de esta ley lo cual pone en duda su eficacia e importancia en la situación de seguridad actual. Las preguntas importantes acerca de nuestros servicios militares y sus responsabilidades del Título 10, el tamaño de la burocracia en el Pentágono y si nuestros comandantes combatientes bajo los mandatos de la ley *Goldwater-Nichols* perdieron o no sus perspectivas en cuanto a sus razones verdaderas de existencia salieron a relucir durante el testimonio y la sesión de preguntas y respuestas posterior. Sin embargo, lo que me pareció más inquietante del testimonio presentado y del debate que siguió fue que no se habló del tema. No hablamos acerca de *cómo ganar*—o más francamente— por qué parece que ya no podemos ganar. Para ser aún más exacto, una pregunta contundente y vital no se formuló: ¿Podemos ganar guerras hoy en día?

Al evaluar dicha pregunta, concentrémonos en el EI, nuestro último, más reciente y flagrante enemigo. Sin embargo, la historia nos dice que habrá muchos otros enemigos en los años por venir, pero por ahora, concentrémonos en uno solo y en las perspectivas de derrotar al mismo.

El Estado islámico como un caso de estudio referente a si Estados Unidos todavía puede o no ganar guerras.

Contrario a la idea pesimista de algunos expertos en el ámbito académico, el Gobierno y los medios

de comunicación, el EI se puede derrotar. Por lo que se refiere a una relación de uno por uno en combate armado, hemos demostrado, invariablemente, que se les puede derrotar tácticamente. Sin embargo, tanto la historia como nuestras dolorosas experiencias con las guerras, deberían mostrar que solo las victorias tácticas en el terreno, definitivamente, no son suficientes. La clave del éxito es tener la voluntad moral y política de hacer todo lo posible para derrotarlos. Sin embargo, hasta la fecha, para ganar realmente, para arrebatárle la voluntad a la oposición y crear un sentido verdadero de un vencedor y un vencido —un ganador y un perdedor definitivo— se requiere una iniciativa integral sostenida del Gobierno más allá de lo que se nos ha permitido hacer en cualquier conflicto en el que hemos participado en tiempos recientes. La victoria estratégica sin sostenimiento es una receta para la derrota, y podemos estar en camino hacia la misma.

A fin de comprender el porqué, es necesario darse cuenta de que sostener a lo largo del tiempo el terreno físico y moral ganado en la guerra para lograr la victoria resulta principalmente de las decisiones políticas. Sin embargo, para que el liderazgo político

asuma los compromisos necesarios, debe estar cuidadosamente informado y familiarizado con los requerimientos necesarios para lograr la victoria así como de las consecuencias que trae el fracaso. Además, ellos (específicamente nuestro Comandante en jefe) deben tener la disposición de ordenar lo que sea necesario. Esto plantea algunas preguntas prominentes: ¿Ha sido honesto nuestro liderazgo militar en cuanto a la evaluación de nuestros líderes políticos con respecto a qué verdaderamente se necesitaba para vencer al EI? Y, ¿nuestros comandantes se tomaron en serio y le dieron crédito a lo que los líderes militares y diplomáticos de nuestra Nación les aconsejaron acerca de lo que se necesitaba hacer? Les corresponde a los lectores juzgar por ellos mismos la adecuación de las respuestas a esas preguntas desde el punto de vista de las guerras recientes, incluyendo la que ahora estamos librando contra el EI.

En el contexto citado, las verdaderas preguntas que quería que me preguntaran durante mi declaración —que considero debieron haber sido de preocupación exclusiva de tanto los que usan como los no usan el uniforme— son las siguientes: ¿Sabemos cómo ganar



(Foto de la Prensa Asociada)

Manifestantes coreando consignas a favor del Estado islámico el 16 de junio de 2014 mientras llevan la bandera del Estado islámico frente a la sede del gobierno provincial en Mosul, Irak.



(Imagen del sitio de Twitter del Estado Islámico, cortesía de sitio web Iraqi News)

El llamado Estado islámico en Irak y Siria anunció los nombres de los países que buscan controlar inminentemente y publicó un mapa el 10 de octubre de 2014. El mapa incluye todos los países árabes, casi la mitad de todos los países africanos y europeos, incluyendo España, y el 25 por ciento del área del continente asiático.

guerras hoy en día? Y, ¿todavía tenemos lo que se necesita? Lamentablemente, he llegado a la conclusión de que la respuesta a ambas preguntas es que probablemente no.

Una epifanía difícil

Como Nación, nuestra incapacidad de ganar guerras resulta principalmente de haber perdido de vista lo que significa ganar y la importancia vital de hacerlo por nuestros propios intereses. Como consecuencia, ahora participamos en una guerra sencillamente porque podemos hacerlo, como resultado de lo que podría criticarse como nada más que caprichos políticos de la alta jerarquía vestidos con una retórica altisonante. Muchos factores han contribuido a que se dé esta situación. En primer lugar, en vista de que ya no somos un ejército de concriptos, la gran comunidad estadounidense ha perdido el interés personal que una vez tuvo en toda decisión política de ir a la guerra, como consecuencia, muchos estadounidenses no tienen una apreciación verdadera ni interés por los costos humanos reales involucrado en una guerra. En cambio, muchos estadounidenses consideran el Ejército un poco más que

una fuerza mercenaria sumamente respetada, una que muchos políticos han llegado a considerar un juguete impersonal de política que puede desplegarse sin tomar en consideración la dimensión humana, o los costos de los despliegues involucrados en una guerra, ni en casa ni en el campo de batalla. En tales circunstancias, las decisiones de ordenar despliegues de largo plazo o rotaciones interminables dirigidas a lograr objetivos limitados e inconcretos, muy por debajo de los que se requieren para lograr una victoria decisiva, se han vuelto muy fáciles de tomar. Al ser cómplice de tal mentalidad política, con el tiempo, nuestra institución castrense (específicamente el Ejército) se ha autoinfligido políticas similarmente estériles e impersonales que no administran a personas, sino más bien sistemas de asignaciones rotacionales de individuos, a unidad, al sistema de personal de aumento volviendo a la época de la guerra de Vietnam (una derrota).

El resultado ha sido políticas arraigadas y sumamente burocráticas que estipulan rotaciones repetidas en ultramar por largos periodos en misiones que no tienen directrices claras para el objetivo final de la victoria. La experiencia nos ha mostrado que estas

políticas ponen una carga amoral sobre nuestros soldados—especialmente entre los oficiales de menor antigüedad y alistados. No es de sorprender que tales políticas parezcan ser un factor significativo en el número considerablemente mayor de divorcios, desmoronamiento del sistema familiar y suicidios entre nuestros integrantes del servicio que regresan a casa².

Además, tales políticas debilitantes, desarrolladas gradualmente durante años, han producido un deterioro en la mentalidad militar tanto intelectual como en la actitud de nuestros líderes que ahora se han acostumbrados, durante toda su carrera, a aceptar estrategias militares deficientes e ineficaces tipo «esperemos que funcione» como la nueva normalidad que por lo regular están concebidas para mantener el statu quo ante el enemigo y no el objetivo de victoria.

Simultáneamente, nuestra burocracia gubernamental, especialmente dentro del Pentágono ha desarrollado, con el tiempo, una autocomplacencia intelectual similar fomentada por un proceso interinstitucional centrado en un celo profesional ineficaz. Esta burocracia pone tal control asfixiante en cómo funciona hoy en día la institución castrense que ahora no podemos concebir una victoria políticamente factible, realista y posible de alcanzar como el estado final de las operaciones que a los militares se les asigna desempeñar, mucho menos planificar y ejecutar los pasos necesarios para desarrollar o llevar a cabo una estrategia viable para lograr la victoria.

Los principios generales para la mitigación

Como un primer paso para mitigar tal cúmulo de factores coadyuvantes que evitan que nuestras fuerzas armadas puedan derrotar a nuestros enemigos, nuestro liderazgo militar tiene que dejar de pretender que estamos ganando la actual guerra contra el EI; no es cierto. Más bien al contrario, nuestros líderes militares deben sentirse moralmente obligados a protestar, firmemente, contra la mentalidad política que compromete sistemáticamente a las fuerzas armadas estadounidenses en guerras —a menudo, ni siquiera insisten que deben llamarse guerras— sin sistemas métricos que describan un estado final victorioso, y lo hacen solo porque cuenta con militares profesionales disponibles y porque lo pueden hacer.

Conjuntamente, nuestro compromiso nacional para exigir el éxito también debe cambiar si hemos de lograr la victoria en el futuro. A fin de lograrlo, los estadounidenses, en general, deben tener, de alguna manera, un interés muy personal tanto en la duración como en el resultado de los conflictos en los cuales nuestros gobernantes contemplan involucrarnos. Por ejemplo, si a las fuerzas armadas —incluyendo la Reserva y la Guardia Nacional— se les dice que deben ir a la guerra, y que no regresarán a casa hasta tanto la guerra se gane, nos organizaríamos y pelearíamos de forma diferente de cómo lo hemos hecho durante las últimas décadas.

Hicimos exactamente esto cuando solíamos ganar guerras. Mi padre era un veterano de la Segunda Guerra Mundial; cuando se desplegó a Europa, no le dijeron que regresaría a casa en cuatro o seis meses—o después de la rotación del primer año de su unidad hasta que terminaran las operaciones militares en el teatro europeo. Sencillamente, sus líderes le dijeron, ve y gana la guerra en el continente europeo—cosa que hizo, sirviendo con orgullo como cabo hasta que completó el trabajo.

¿Por qué ahora no podemos hacer lo mismo si tomamos en serio ganar guerras? ¿Qué ha cambiado? ¿Es demasiado difícil? ¿No contamos con las fuerzas necesarias para sostener una guerra prolongada? ¿Nos falta voluntad? O, más bien, ¿tenemos en la actualidad un sistema de control que hace demasiado fácil y conveniente enviar a nuestras fuerzas a pelear guerras en la que la ciudadanía y los gobernantes estadounidenses tienen poco interés personal? ¿Se ha convertido tan excesivamente burocrático ese sistema que no puede salirse de su propio patrón? ¿El ganar se ha convertido demasiado políticamente incorrecto para nuestra Nación? En mi punto de vista, la respuesta a todas esas preguntas es, sí.

Si a nuestras fuerzas armadas se les ordena ir a pelear una guerra con la comprensión específica de que se les requiere permanecer en el lugar hasta que se gane la guerra, planificaríamos y pelearíamos muy diferente de cómo peleamos en la actualidad. Y, la planificación más urgente y específica, según lo reflejado en las políticas y procedimientos reformados, a mi modo de ver, resultaría en guerras que serían mucho menos costosas que la ostentosa perpetua de conflicto superficial en que ahora nos encontramos. Tal cambio en la mentalidad evitaría, por ejemplo, el sinsentido que habitualmente



(Foto de BBC News, cortesía de Wikipedia)

La BBC publicó esta foto en su sitio web el 25 de agosto de 2015 con el título, «El Estado islámico (EI) ha publicado imágenes de lo que pareciera ser la destrucción del Templo de Baalshamin en las antiguas ruinas de Palmira en Siria». La BBC observó que el EI había anunciado «la destrucción completa del templo pagano de Baalshamin». La destrucción del templo que data del siglo II a. E. C. concuerda con una política del EI de destruir sistemáticamente todos los vestigios de historia y cultura de los que no son sunitas islámicos a medida que toma control sobre territorios, incluyendo lugares arqueológicos preislámicos antiguos, santuarios musulmanes chiitas, iglesias y monasterios cristianos y bibliotecas.

vemos en las bases estadounidenses en ultramar en zonas donde muchos soldados se preocupan de ir a *Pizza Hut* o a *Burger King* en la base en lugar de comer las raciones que ya han sido proporcionadas. Recuerde, alguien tiene que proteger esos convoyes de hamburguesas y pizzas congeladas por las carreteras donde peleamos. Muchos de los que protegen los convoyes llenos de abastecimientos completamente innecesarios como éstos sin duda fueron volados por los dispositivos explosivos improvisados de Al-Qaida o las cargas Penetrantes Conformadas Explosivamente (EFP, por sus siglas en inglés) de Irán.

No obstante, quejarse de la conveniencia de la cadena de pizza en una zona de guerra no es el punto. Más bien, las pizzerías y las hamburgueserías sirven como una metáfora colectiva para las facilidades y confort inapropiados que los encargados de formular la política ahora también muy fácilmente fomentan en las fuerzas armadas durante la guerra, lo cual se refleja en una falta de propósito estratégico que debería tener como objetivo la victoria en el

menor tiempo posible. Esto no es un argumento fácil. Evidentemente, ganar es algo que no hemos hecho bien, con pocas excepciones en los últimos 50 años de conflicto y guerra. (Estas excepciones incluyen las operaciones Escudo y Tormenta del Desierto a principios de los años 90 y la derrota de Al-Qaida en Irak en 2009-2011).

Por lo tanto, necesitamos una reforma drástica de nuestra mentalidad según lo reflejado en nuestros extensos cambios en nuestra estructura de defensa e interinstitucional. Tales cambios deberían trascender la ley *Goldwater-Nichols* a una planificación y ejecución integral del Gobierno y ejecución de una iniciativa de guerra, y deben llegar lo antes posible. Sin embargo, en el presente, hay una necesidad inmediata y urgente de organizar una victoria rotunda contra la forma muy despiadada y cancerosa del extremismo islamista radical del EI antes de que sea demasiado tarde; una reforma (en algunos casos, reforma radical) que permita la organización y acción decisiva contra el EI es el requerimiento más importante en la actualidad.

Cómo organizarse para librar una guerra contra el EI

El tipo de guerra que actualmente libramos contra el EI, en muchos aspectos, no es nada nuevo. El terrorismo globalmente orientado no es un fenómeno nuevo sino que ha existido en numerosas modalidades aún antes del siglo XIX. Así que, no nos debería sorprender los niveles actuales de violencia involucrados que se manifiestan en muchas partes del mundo, dirigidos principalmente a blancos vulnerables hoy en día; estos son normales en los conflictos que involucran combatientes irregulares y terroristas. Sin embargo, lo que es nuevo es la tracción que el EI tiene con grandes números de posibles colaboradores entre elementos desafectados en todo el mundo y la velocidad con la que el mismo puede reclutar y organizar tales colaboradores, principalmente, a través de Internet. Esto significa que el EI cuenta con la posibilidad realista de llenar sus filas con cientos de miles de combatientes y colaboradores tanto en el hemisferio occidental como en el hemisferio oriental, específicamente si el Occidente permite lo que parece ser la creación de un Estado islámico físico y radicalizado que serviría como una base provisional de operaciones de ISIS y centro de coordinación y refugio para expandirse aún más.

En consecuencia, para ganar esta guerra, debemos vencer al EI no solo con la acción directa contra su tierra reclamada y recursos físicos, sino atacando el sistema de valor y código moral que usa para reclutar a través de una guerra de información. Al hacerlo, debemos refutar las excusas que los islamistas radicales usan para justificar sus acciones, y debemos dejar claro a todos que no aceptamos las justificaciones que el EI usa para librar la guerra contra nosotros. Al mismo tiempo, debemos fomentar un sistema de valores alternativos inequívoco que contraste marcadamente con el dogma primitivo y barbárico que el grotesco y radical EI defiende con tanto orgullo. Debería quedar claro en la guerra de información disciplinada que las doctrinas del EI son inaceptables para la gente moderna de cualquier raza, nacionalidad, etnicidad o *religión* ya que son contrarias a lo que la gente civilizada de todas partes del mundo ha intentado establecer por generaciones en términos de acuerdo universal sobre los derechos humanos fundamentales, los valores y la moral.

Tal conflicto entre sistemas de valores contrarios será desafiante porque, demasiado a menudo, el EI apeala, de manera eficaz, al resentimiento profundo que muchas poblaciones islámicas tienen contra el Occidente en general, y especialmente contra Estados Unidos, lo que justifica su guerra contra el Occidente en términos filosóficos provenientes de eruditos islámicos radicales que usan los códigos morales del siglo XVII para justificar sus acciones. En este aspecto, el EI disfruta de una gran ventaja debido a su comprensión íntima de la mentalidad de los jóvenes musulmanes e intenta atraerlos permitiéndoles que se unan a una causa que parece ofrecer placeres mundanos, recompensas y aventura, además de la salvación espiritual a través de la yihad.

Además, debemos darnos cuenta de que los integrantes del EI no perciben sus actividades como amorales o repulsivas. Muy por el contrario, se sienten moralmente justificados en sus acciones basadas en el sistema de creencia que apuntala sus acciones. Como consecuencia, debemos tener cuidado de no subestimar las capacidades intelectuales en el logro de los objetivos de nuestros enemigos. Es evidente que no son colegiales ni equipos de segunda división como algunos los han caracterizado, ya sea intelectualmente o en su capacidad de astutamente librar una guerra psicológica así como una guerra física con los pocos recursos con los que cuentan.

Si bien los adherentes del EI se suscriben al conjunto de valores del siglo XVII que tolera la esclavitud, el maltrato de los prisioneros; los castigos extravagantes contra los conocidos jefes mafiosos; la dominación, explotación y violación de mujeres y niños; y la imposición forzada de los infieles a su rama de la fe islámica, no son estúpidos. Más bien, por el contrario, son verdaderos creyentes que han mostrado tanto fervor y compromiso fanático como gran destreza y perspicacia en cuanto a la manipulación de la opinión mundial y son mejores estrategias que sus enemigos. Además, muchos de los adherentes del EI han mostrado una propensión —algunas veces deseosa— de morir como mártires por su misión global. A fin de destacar una comparación, son pocos los occidentales que se sienten lo suficientemente persuadidos como para defender su propia ideología y cultura y ofrecerse voluntariamente como bombarderos suicidas por su causa. En contraposición, muchos seguidores del EI parecen estar más dispuestos a hacerlo.



(Foto cortesía de SANA)

En esta foto sin fecha publicada por la agencia de prensa oficial siria SANA, Khaled al-Asaad, uno de los estudiosos de reliquias más destacados, habla en una función oficial. Terroristas del EI secuestraron a Asaad, de 81 años de edad, en mayo de 2015 luego de rehusarse a abandonar el lugar arqueológico en Palmira, Siria. Luego de golpearlo y torturarlo, los terroristas lo decapitaron el 18 de agosto de 2015 y lo amarraron a una columna en la plaza principal de Palmira. Assad había pasado más de 50 años trabajando en Palmira, un lugar cultural reconocido por la UNESCO. Hasta su destrucción sistemática por el EI durante el año 2015, Palmira era uno de los lugares mejor conservados de arquitectura y escultura de estilo romano antiguo.

Como señal de una intención sería de limpiar el mundo del poder e influencia no islámica, el EI está destruyendo sistemáticamente las propiedades e infraestructuras vitalmente necesarias que las Naciones-estados frágiles necesitan para sobrevivir, incluso, en muchos casos la historia cultural de pueblos no islámicos pacíficos que viven en esos Estados. Por lo tanto, las bases ideológicas de muchas naciones que intentan lograr estabilidad a través de la tolerancia de la diversidad étnica y religiosa están siendo menoscabadas a medida que el EI trabaja en contra de ellas para obligarlas a someterse a su califato. Al tomar todo esto en consideración, también debemos reconocer y tomar en serio el compromiso fanático de los yihadistas del EI y sus intenciones serias y malévolas de largo plazo en contra de nosotros. Seamos realistas: ellos quieren ganar y creen que lo están haciendo.

Por último, también tenemos que reconocer y contrarrestar las intenciones de los partidarios estatales y no estatales quienes están propiciando un aumento de la violencia contra nosotros. El derrotar al EI no solo implica pelear directamente contra el mismo —tanto a través de fuerzas de armas decisivas y operaciones de información abrumadoras contra sus sistemas de valores— como también tomar pasos drásticos para cortar el apoyo que reciben de una multitud de seguidores, incluyendo, desgraciadamente, muchos de los que están entre los que consideramos nominalmente aliados, pero que encubiertamente abastecen y apoyan al EI para sus propios fines nacionales o personales. El tomar tales pasos requerirá no solo una gran destreza diplomática y sensibilidad cultural, sino también gran valentía y firmeza ante una mentalidad burocrática arraigada que, en la actualidad, prefiere depender de los buenos deseos como estrategia.

La guerra solo termina en victoria—de una manera o de otra

En resumen, debemos encarar el hecho de que estamos en guerra. No es algo que puede ser ignorado o hacer desaparecer por arte de magia. Y, en la guerra, ganar es lo único que cuenta. La guerra actual no es distinta. No es un juego de fútbol de niños donde todos se llevan un trofeo. Mientras lee estas palabras, hay personas que están siendo matadas y mutiladas en múltiples partes en esta guerra. La miseria y el sufrimiento son intensos, las injusticias —ya de por sí sorprendentes en número— siguen aumentando. Por lo tanto, es en nuestro propio interés y de los que todavía no hemos podido impedir que se conviertan en víctimas inocentes, hacer que la guerra termine lo antes posible, lo que significa que debemos decidir seriamente librar la guerra.

También debemos enfrentar el hecho de que una guerra prolongada funciona a favor del EI. Para los partidarios del EI, es irrelevante el sufrimiento de las personas que están siendo esclavizadas, violadas, torturadas, o destruidas de muchos otros modos. Las

víctimas no tienen derechos humanos porque los mismos no existen fuera de la doctrina del EI. El EI solo tiene un objetivo: conquistar y obligar a todas las personas a aceptar su concepto de un estilo de vida islámico fundamentalista y muy radicalizado, o morir. Por consiguiente, el tiempo no significa nada para el EI. A no ser que sea enfrentado directamente, atacado y derrotado decisivamente, no importa cuándo llegue el califato, o cuánto tiempo tarde en llegar, lo importante es que llega.

Cuando vencamos al EI, será nuestro derecho y prerrogativa alegar filosóficamente todo el día acerca del cómo y el porqué de la guerra, los errores cometidos por los líderes y gobernantes y, con suerte, las lecciones aprendidas que llevaron al éxito. Pero, si perdemos —lo que debemos reconocer con prudencia como una posibilidad real si no tomamos las medias decisivas antes de que el EI se convierta en una realidad— perderemos tanto el derecho como la capacidad de debatir. Yo digo que debemos dejar de participar en este conflicto interminable y en su lugar ¡ganemos! ■

El teniente general (retirado) Michael T. Flynn, Ejército de EUA, sirvió en numerosas asignaciones de inteligencia militar, culminando su carrera militar en calidad de director de la Agencia de Inteligencia de Defensa y oficial de inteligencia militar de mayor antigüedad en el Departamento de Defensa. Cuenta a su haber con una maestría en Telecomunicaciones de la Universidad de Golden Gate, una maestría en Artes y Ciencias Militares de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de EUA, una maestría en Seguridad Nacional y Estudios Estratégico de la Escuela Superior de Guerra Naval, y dos doctorados honoríficos, uno del Instituto de Política Mundial en Washington, D.C. y el otro de la Universidad de Rhode Island.

Referencias Bibliográficas

1. U.S. Senate Committee on Armed Services, «Hearing to Receive Testimony on Supporting the Warfighter of Today and Tomorrow», stenographic transcript by Alderson Reporting Co., 3 de diciembre de 2015, accedido el 1 de febrero de 2016, <http://www.armed-services.senate.gov/imo/media/doc/15-91%20-%2012-3-15.pdf>.

2. Gene Thomas Gomulka, «Saving Military Families», *Military*

Review (edición de enero-febrero de 2010): 111–16; Aaron Glantz, «The Truth about Veteran Suicides», *Foreign Policy in Focus* website, 8 May 2008, accedido el 8 de febrero de 2016, http://fpif.org/the_truth_about_veteran_suicides/; Stacy Bannerman, «Broken Military Marriages: Another Casualty of War», *AlterNet* website, 23 de enero de 2009, accedido el 8 de febrero de 2016, alternet.org/sex/122198/broken_military_marriages:_another_casualty_of_war/.